

## UNA MEDIACIÓN DESCONOCIDA: EL DIÁLOGO ENTRE LOS PRESIDENTES DE CUBA Y ESTADOS UNIDOS

El 23 de agosto de 1994, a las 8:30 de la noche, entró mi secretaria María del Carmen Guerrero a la oficina de la residencia oficial de Los Pinos. Yo estaba de muy buen humor, pues, unos cuantos días antes, en medio de los peores augurios, habíamos celebrado la elección presidencial con los más alentadores resultados. María del Carmen se acercó y me dijo: "El presidente Clinton desea hablar con usted". Al tomar la bocina pensé que Clinton me haría un comentario sobre el desarrollo pacífico y notablemente concurrido del proceso electoral.

No me equivoqué. Las primeras palabras de Clinton fueron las que yo esperaba. Pero lo que siguió representó uno de los episodios más importantes de la segunda mitad del siglo XX para las labores diplomáticas de México. Las notas que tomé sobre esa conversación y otras que siguieron en los meses posteriores me han permitido recrear ese suceso extraordinario. Durante seis meses participé en el esfuerzo por derribar la barrera al libre comercio que los Estados Unidos le habían impuesto a Cuba a lo largo de cuarenta años.

Luego de felicitar me por la jornada electoral, el presidente Clinton pasó al tema de fondo. Me dijo que estaba muy preocupado por la salida de balseros de Cuba hacia Florida. Agregó que la huida de esos migrantes cubanos amenazaba con generar un problema similar al de los llamados "marielitos", los cubanos que habían partido del puerto de Mariel, cerca de La Habana, a mediados de los ochenta. En aquel tiempo muchos de ellos terminaron en una base norteamericana en Arkansas; su comportamiento y eventual fuga del lugar generaron tales conflictos en el estado, que el entonces gobernador Bill Clinton perdió la reelección. El problema actual era mucho más grave, Clinton usó una frase muy característica para solicitar mi ayuda. *Please, check around*, me dijo: Quería que yo estableciera contacto directo con el gobierno de Cuba para conocer su opinión sobre la salida de los balseros. Textualmente dijo: "No queremos una crisis". Me pidió que le compartiera la información del gobierno de la isla. Agregó que durante la época del presidente Reagan, ante los problemas de migración, se había acordado otorgar 20,000 visas por año, y que él estaba dispuesto a aumentar la cifra para resolver la situación. Finalmente, señaló que le preocupaba la confrontación que la presencia de los balseros pudiera generar entre los antiinmigrantes de los Estados Unidos. El rechazo, además, podía desbordarse hacia otros estados, hacia California por ejemplo, en donde la hostilidad se dirigiría al final contra cualquier migrante, sin importar su origen.

El asunto era de la mayor importancia. Y, sin duda, más para los Estados Unidos, como su presidente me lo había hecho saber. Además, Clinton enfrentaba en esos momentos una situación muy delicada con Haití, pues desde julio los norteamericanos promovían una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU para remover por la fuerza a sus dirigentes. Estados Unidos se preparaba para una intervención militar en el Caribe.

El problema también era muy delicado para Cuba, que atravesaba entonces por una terrible crisis, derivada de los efectos del bloqueo económico y agudizada por la caída de la Unión Soviética y de la mayoría de los países socialistas y por el cese de apoyos de los gobiernos que hasta entonces habían sido aliados de La Habana. Además, el tema tenía una enorme relevancia para México. Era obvio que en los Estados Unidos podía generarse una actitud más agresiva hacia todos los migrantes incluidos los mexicanos. En esos momentos enfrentábamos una posición hostil de las autoridades de California en contra de los migrantes, tanto legales como ilegales, e incluso contra sus descendientes. La sensibilidad sobre esta materia en nuestro país era muy alta. En el horizonte amenazaba el riesgo de un problema diplomático, político y social de dimensiones insospechadas.

Había que emprender la tarea con absoluta discreción. Si llevaba el asunto por los canales diplomáticos normales, se corría el riesgo de una filtración. Al mismo tiempo, necesitaba un conducto con el gobierno de Cuba que garantizara discreción total y acceso directo e inmediato con Fidel Castro. Desde el principio supe quién era la persona indicada.

Llamé por teléfono a Gabriel García Márquez, el Premio Nobel de Literatura, colombiano de origen y

mexicano por adopción. Yo confiaba plenamente en él. Habíamos sostenido una estrecha relación a lo largo de más de diez años y estaba convencido de su inteligencia, discreción y sensibilidad. Estaba enterado de que García Márquez se preparaba en esos días para viajar a Cuba. Él podía llevar el mensaje. Me comuniqué para preguntarle si podía acudir a Los Pinos. No le dije más, pero entendió perfectamente que si el presidente de México le solicitaba conversar personalmente casi a la media noche, debía tratarse de algo muy serio.

Llegó a mi oficina poco más de media hora después; había recorrido en un tiempo récord el trayecto desde el sur de la ciudad, en el Pedregal de San Ángel, hasta Los Pinos. Le comenté mi encomienda. Hombre emotivo, el escritor mostró en ese momento un aplomo extraordinario. Reflexionó un instante y dijo: "Es mejor que usted hable directamente con el Comandante". Entonces García Márquez llamó a Cuba. Sin mayor trámite dijo que yo tenía interés en hablar con Fidel Castro. Mientras lo localizaban, colgó el auricular y conversamos detenidamente sobre la importancia de la tarea a realizar y lo crucial que era mantenerla en absoluta discreción. Poco después, volvió a marcar a La Habana y me pasó al Comandante.

Hombre que sabe escuchar, Castro concentró su atención mientras le relataba la llamada de Clinton. Desde luego, en esa primera conversación no mencioné el nombre del presidente de los Estados Unidos; hablé de "el gobierno americano". Al terminar el mensaje, Castro respondió con claridad; me dijo que la salida de los balseros no era una táctica del gobierno cubano, sino el reflejo de una situación insostenible creada por los propios norteamericanos a través del bloqueo económico como por la Ley Torricelli. Era incomprensible que los Estados Unidos hicieran esfuerzos para disminuir esa migración ilegal, cuando al mismo tiempo la estimulaban a través de la radio. Por eso, me dijo Castro, su gobierno había decidido flexibilizar la política migratoria y permitir la salida de los balseros. Además, si el gobierno cubano trataba de impedir esa salida, con seguridad iban a generarse incidentes que los medios internacionales magnificarían para acusarlo de represivo. Por todas estas razones, comentó Fidel, había dado instrucciones muy claras en ese terreno: si alguien deseaba marcharse de la isla, no se impediría su partida, y mucho menos por medio de la fuerza. Me hizo ver que estaba dispuesto a encontrar una solución y que no se negaba a conversar. Sin embargo, subrayó que era necesario analizar las causas de esos movimientos, pues las medidas que se estaban tomando en los Estados Unidos endurecían el bloqueo y por lo tanto aumentaban las aflicciones económicas: eso era lo que alentaba la emigración.

Castro agregó que compartía mi preocupación por los posibles efectos de la salida de balseros en tomo al debate de los migrantes mexicanos. Desde su punto de vista, la forma de resolver la polémica era muy importante. El supuesto acuerdo norteamericano de otorgar 20,000 visas al año, señaló, no se había cumplido, pues el año anterior sólo habían expedido 964. Por último, me dijo que estaba dispuesto a tener conversaciones sobre migración con los estadounidenses, siempre y cuando se asumiera que lo principal era entender sus causas, que eran el bloqueo y su efecto sobre la economía del pueblo cubano. Concluyó que, de llevarse a cabo, ese diálogo daría una esperanza a quienes trataban de irse.

Al día siguiente, 24 de agosto, Clinton volvió a llamarme. Le transmití puntualmente los comentarios del presidente Fidel Castro; Clinton me dijo que estaba dispuesto a dialogar sobre la migración, como proponía Castro, pero no sobre otros temas. Sugirió realizar una reunión entre funcionarios de ambos países para comentar los asuntos migratorios. Discutir sobre otros tópicos, como el bloqueo, puede hacerse, dijo Clinton, pero no en las actuales condiciones. Señaló que se inclinaba por incrementar sustancialmente la migración legal. Insistió en la conveniencia de sentarse a resolver el problema antes de que se convirtiera en una situación inmanejable.

Inmediatamente después de esta segunda conversación con el Presidente Clinton, le pedí a García Márquez que le llevara el nuevo mensaje al presidente cubano. Antes yo había intentado dárselo personalmente pero no pudo responderme ya que en ese momento asistía a una conferencia de prensa, precisamente sobre las tensiones generadas por los migrantes. García Márquez viajó a Cuba. Llegó a La Habana a la 1:30 p.m. Media hora más tarde estaba con Fidel Castro. Cuando por la noche intenté hablar con Castro, él ya estaba informado. La comunicación le había llegado a la mitad de la conferencia de prensa. Durante ella, y poco antes de recibir mi mensaje, había dicho: "¿Será posible alcanzar la solución a las causas del problema? No lo sé, no estoy seguro de que sea posible". Al concluir su intervención, a punto de iniciar la sesión de preguntas y respuestas, recibí una tarjeta de García Márquez con los comentarios del presidente norteamericano. Esto le permitió matizar la parte final de su discurso.

Cuando Fidel Castro y yo terminamos de comentar las palabras de Clinton, el reloj de mi oficina marcaba de 1 a. m del 25 de agosto. Durante la conversación, Castro me hizo ver que entendía la importancia de empezar a dialogar: estaba dispuesto a moverse en esa dirección. Iban a trabajar para disminuir las salidas de balseros. Me comentó que no se oponía a examinar sólo el tema migratorio y agregó: "Comprendo la propuesta de los Estados Unidos. Se puede hablar de migración sin mencionar otros incisos, porque abrir el diálogo a otros asuntos podría acarrearles inconvenientes políticos. Logramos dialogar sin detrimento del prestigio de ninguno". Castro sabía que no era adecuado en ese instante, discutir ni mencionar nada más.

El mismo 25 de agosto de transmití al presidente Clinton el mensaje de Castro. Él me respondió que las condiciones climatológicas se complicaban en el estrecho que se extiende entre Cuba y Florida, lo que podía poner en riesgo la vida de los balseros. Era importante detener a los que salían de manera ilegal. Clinton estaba dispuesto a anunciar un aumento de la migración legal y propuso que un subsecretario de Estado fuera el responsable de mantener las conversaciones. Como la última reunión sobre migración se había celebrado en Cuba en 1984, proponía que ahora se desarrollara en Estados Unidos.

Por la tarde hablé con el presidente Fidel Castro. Respondió que estaba consciente del problema climatológico, y que había empezado a comunicar esta contingencia a la población para frenar las salidas. No podían hacer un anuncio definitivo que pudiera interpretarse como un cambio de instrucciones a sus guardafronteras, pero darían tiempo para iniciar las conversaciones. Comentó que ya se observaba un descenso en las partidas de balseros, pues pocas personas estaban dispuestas a emigrar bajo un clima amenazante. Me dijo que no tenía objeción en que los intercambios de opinión se desarrollaran en los Estados Unidos. Manifestó se sorpresa ante una declaración de la procuradora de justicia estadounidense, quien afirmó que Castro había puesto condiciones sobre "el nivel de los participantes" en las pláticas. Deseaba que este punto se aclarara: no había establecido ninguna demanda respecto al nivel de la delegación que sostendría las pláticas; sólo pedía que sus integrantes fueran capaces y que contaran con la confianza de su presidente.

Más tarde le hice saber a García Márquez que Washington estaba de acuerdo con las observaciones del Comandante. Sin embargo, les inquietaba un punto: si el tiempo mejoraba, ¿se reanudarían las salidas masivas? Pocas horas después, la televisión cubana difundía una comunicación de los guardafronteras, quienes hacían ver que las condiciones meteorológicas eran muy adversas para intentar salir del país.

Lo más importante es que se había acordado el diálogo. Los preparativos llevaron varios días. Finalmente, empezaron las reuniones en Nueva York. Las encabezaron dos personajes: el subsecretario Peter Tarnoff acompañado de Michael Skoll, enviados por el presidente norteamericano, y Ricardo Alarcón, un representante de gran experiencia enviado por el presidente Fidel Castro, quien había participado en las negociaciones de 1984.

El sábado 27 de agosto hablé de nuevo con Castro. García Márquez cenaría el lunes siguiente con el presidente Clinton, y surgió la idea de que, a través del escritor colombiano, el Comandante le enviara una carta personal al presidente de los Estados Unidos. Castro comentó que una medida como ésa debía pensarse con mucho detenimiento.

El encuentro del presidente Bill Clinton con García Márquez se celebró el lunes 29 de agosto. Yo le había hecho saber a Clinton que García Márquez estaba al corriente de las gestiones para el diálogo. Durante la cena, Clinton no dijo una sola palabra sobre Cuba, pues la situación era delicada, pero escuchó con mucha atención a García Márquez. Ése era el propósito, precisamente. La exposición del escritor fue muy clara y contribuyó a que el presidente entendiera mejor la posición cubana, el papel de Castro, su personalidad y su punto de vista sobre la sicología de los norteamericanos. Respecto a la persistente petición de los norteamericanos al gobierno de Cuba ("tengan un gesto de flexibilidad antes de hablar del bloqueo"), el Premio Nobel dejó muy claro que el contenido del gesto solicitado había cambiado con los años: ahora era la democratización, antes había sido romper vínculos con la Unión Soviética, la salida de los cubanos de Angola, Etiopía y Nicaragua, o bien terminar con el apoyo a la guerrilla latinoamericana. Todas esas peticiones del pasado se habían cumplido de una u otra forma y los estadounidenses no habían correspondido siquiera con un intento de diálogo. García Márquez concluyó diciéndole a Clinton: "Trate de entenderse con Fidel, pues él tiene muy buen concepto de usted".

Iniciadas las conversaciones formales en Nueva York, el 30 de agosto recibí otra llamada del presidente Clinton. Me hizo saber que el ex presidente James Carter había tratado de entrar en contacto con los cubanos. No era la primera vez que Carter tomaba iniciativas personales: en ese momento, intervenía en Haití, como antes lo había hecho en Corea del Norte y Serbia. Con las elecciones estadounidenses a unas cuantas semanas de distancia, era el peor momento para enviar tropas a Haití, a pesar de que ante los electores se argumentaba que era una acción a favor de la democracia y de los derechos humanos. La tensión en ese frente era muy grande. El Comandante debe saber, pidió Clinton, que no empleará ningún otro conducto para comunicarse con él que no sea el Presidente de México; que Castro supiera también -subrayó Clinton - que Carter no recibía directrices y que muchas veces le había pedido que se abstuviera de entrar en contacto con los cubanos para no complicar las delicadas negociaciones iniciadas en Nueva York. Al mismo tiempo, Clinton me confirmó que cuando menos serían 20,000 las visas que los Estados Unidos entregarían cada año a Cuba. Por lo demás esperaba que con el inicio del diálogo se estableciera un control sobre la salida de balseos cubanos.

Inmediatamente le transmití estas palabras al presidente Castro. Me respondió que las 20,000 visas ofrecidas eran muy pocas, porque como en los ocho años anteriores sólo se habían otorgado 11,000, había 160,000 cubanos a la espera. Las 20,000 visas reducían el problema, pero no lo resolvían. Al mismo tiempo, el Comandante quería que Clinton supiera que con el argumento de las condiciones climáticas había prohibido la salida de niños y adolescentes.

El jueves primero de septiembre me llamó el presidente Clinton. Me notifico que ya se habían realizado el primer día de conversaciones. Reconoció la calidad del equipo negociador de Cuba, por, su experiencia y su actitud constructiva. Estaba dispuesto a elevar el número de migrantes legales si los cubanos controlaban la salida de los balseos ilegales. Me pidió que le transmitiera con claridad a Castro el siguiente mensaje: sabía que los cubanos estaban preocupados por la capacidad de su gobierno para admitir a 20,000 migrantes (dados los obstáculos que las leyes norteamericanas imponían); sin embargo, deseaba que tuvieran la seguridad de que él cumpliría su compromiso. Era importante, concluía Clinton, que las autoridades de Cuba aceptaran el regreso voluntario de los balseos que permanecían en Guantánamo.

Cuando le comuniqué lo anterior, el presidente Castro comentó que tal vez los norteamericanos esperaban que él les resolviera el embrollo que ellos mismos habían creado, sin que ningún problema cubano se colocara siquiera sobre la mesa de discusión. Todo podía quedar en un acuerdo formal, alertó, pero las causas que originaron el conflicto seguirían presentes. Así no se podría encontrar una solución responsable y a fondo, dijo. Nada se lograría en realidad mientras no se analizara la situación económica creada por el bloqueo. Entonces le hice saber al presidente Fidel Castro que Clinton entendía sus argumentos, pero que enfrentaba una situación política interna muy seria; lo más importante por ahora era sentarse a dialogar. Castro tenía una enorme desconfianza. Y me lo confirmó al decirme que habían padecido el recrudecimiento del bloqueo, y que, aún peor, habían sido engañados más de una vez. Proponía luchar por una solución definitiva y verdadera del problema. “Yo comprendo las complicaciones de Clinton – comentó – pero no puedo olvidarme de las contradicciones nuestras, del momento difícil que atravesamos, de la estrategia desplegada para destruirnos.” Le repetí que percibía buena fe en Clinton. Y le insistí en que estábamos frente a una especie de “escalera” con varios peldaños; lo importante era subir el primero, y ese primer peldaño era sentarse a hablar, aunque sólo fuera sobre el tema migratorio. Si se mostraba voluntad, seguramente se crearían las condiciones políticas para que más adelante se diera el diálogo sobre otros temas muy importantes, como el del bloqueo y su impacto en la economía, concluí

El presidente Castro respondió que la misma prensa norteamericana señalaba que era necesario dialogar con Cuba sobre todos los temas. Ahí estaba ya la oportunidad para sentarse a conversar. Castro preguntó si más tarde Bill Clinton podría de veras acceder a hablar sobre otros asuntos. Agregó que más adelante se necesitaría un eslabón que permitiera vincular estas conversaciones sobre migración con otros tópicos que a él, Castro, le interesaban, como el bloqueo y la situación económica.

Mientras tanto, Gabriel García Márquez llegó a Cuba. Iba con mi jefe de prensa, José Carreño, en un avión de la presidencia. Llevó el resultado de la reunión con Clinton y mi petición de que transmitiera de manera personal algunos detalles sobre las conversaciones. El 2 de septiembre, García Márquez salió de Cuba, después de entrevistarse con Fidel, y solicitar, además, que liberaran a un escritor cubano que estaba detenido.

Castro accedió a la petición de García Márquez, pero le advirtió: "Gabo, te vas a arrepentir".

El lunes 5 de septiembre el presidente Castro. Llamó para decirme que había importantes avances en las pláticas. Las posiciones, me explicó, se estaban acercando con base en un documento elaborado por los propios norteamericanos a partir de otro inicial presentado por los cubanos; había ya un proyecto de comunicado. Sin embargo, Fidel me expresó que había dos puntos indispensables a considerar.

El primero se refería a que en el documento debía señalarse explícitamente que se eliminarían las medidas establecidas por los Estados Unidos, el 20 de agosto de ese año; esas medidas prohibían vuelos de fletamento, llamadas telefónicas entre ambas naciones y la transferencia de recursos que los cubanos radicados en los Estados Unidos desearan hacer a Cuba. Con esto, afirmó Castro, se lograría lo que se estaba buscando: una salida a la difícil y engorrosa situación.

El segundo punto requería cuando menos de un pacto verbal con Bill Clinton. Castro deseaba que el presidente norteamericano estableciera conmigo el compromiso de que más tarde se sentaría a hablar sobre el problema del bloqueo. Ése, afirmó Castro, era el enlace que él estaba buscando entre estas conversaciones y las siguientes. Anoté con precisión lo que me dijo:

Dígale al presidente Clinton que se comprometa con usted, el presidente de México, a sentarse a conversar sobre las consecuencias económicas del bloqueo. No le pido que lo ponga en un papel. Basta que se lo diga al Presidente de México, porque este diálogo se inició con el Presidente de México, en el momento en 'que usted me dijo que percibía flexibilidad en la actitud del presidente de los Estados Unidos. Que espero una confirmación de Clinton a través de usted, en el sentido de que está dispuesto a discutir las causas económicas lo más pronto posible. Con esto se resuelve el problema.

Para concluir, Fidel remarcó que no era fácil detener el éxodo de los cubanos. En la madrugada del día 6 de septiembre me llamó el embajador de Cuba en México, Abelardo Curbelo; me traía un mensaje escrito del Comandante en el que confirmaba su posición. A las 8:30 de la mañana, mi secretario privado, Justo Ceja, me lo entregó.

Ese mismo día le llamé a Clinton. Le transmití con fidelidad y sin ningún añadido los dos puntos señalados por el presidente Castro. Necesitaba meditarlo, me dijo, y más tarde platicaría conmigo. Por la noche, Clinton me regresó la llamada. Me comentó que en Nueva York ya existía una base constructiva para alcanzar un arreglo. No obstante, él había señalado desde el principio que en esas conversaciones sólo se hablaría de migración, lo que les hacía difícil incluir en el comunicado cualquier referencia a las medidas aplicadas el 20 de agosto. Solicitaba que en el documento por firmarse no se incluyera el primer punto, es decir, la exigencia cubana de eliminar las prohibiciones emitidas el 20 de agosto. Él mismo se encargaría, sin embargo, de que en 45 o 60 días se suprimieran esas restricciones. Le pedía a Fidel Castro que "probara su buena fe" y que "confiara en su palabra".

Respecto al segundo punto, el presidente estadounidense fue muy claro: no podía aceptar que se supusiera que las pláticas en Nueva York estaban condicionadas a tratar un tema diferente a la migración. Por eso, y para no tener problemas si en cualquier momento tuviera que hacer una declaración pública sobre estas conversaciones, Clinton deseaba comunicarle a Castro que sí sería posible, más adelante, sentarse a discutir sobre los aspectos fundamentales de la relación bilateral. Ya se habían sostenido discusiones similares en el pasado y esto probaba que podrían repetirse en el futuro. En ese diálogo por venir, cada una de las dos partes presentaría los asuntos a tratar. Deseaba que Fidel Castro supiera que él estaba dispuesto a hablar no sólo sobre estos dos temas, sino acerca de otros adicionales. Quería que Castro lo supiera para que pudieran llegar a una conclusión positiva en las negociaciones de Nueva York.

De inmediato me comuniqué con el presidente Castro. Le transmití al pie de la letra las afirmaciones del presidente norteamericano. Al mismo tiempo le comenté, como lo había hecho antes con Clinton, que durante estos intercambios me había concretado a transmitir las expresiones de cada uno de los dos presidentes. En ningún momento había hecho ningún agregado. Si acaso, en diversos puntos había puesto algún énfasis. Concluí señalando que había tomado notas por escrito de estas conversaciones para comunicarlas en forma fidedigna.

Le dije a Castro que me parecía sincera la promesa de Clinton; desde mi punto de vista, podía creer en sus palabras. A Castro le preocupaba una sola cosa: Si la afirmación de Clinton en el sentido de que estaba dispuesto a hablar no sólo de esos dos puntos, sino de otros más, no sugería algún punto que cuestionara la soberanía de Cuba. Le dije al presidente Castro que en cualquier diálogo o negociación, ni los mexicanos ni los cubanos aceptaríamos jamás que alguien pretendiera atentar contra la soberanía. Que en ese caso, nosotros nos levantaríamos de cualquier trato, como seguro ellos lo harían. Mi comentario tranquilizó al Comandante, quien me dijo:

Usted, señor presidente, es el depositario de nuestras garantías. Es importante que tome nota de todo, no solo con vista a los problemas de ahora, sino con la mirada puesta en la historia. Para los cubanos, el testimonio suyo es de una enorme importancia, por lo cual le vamos a desear más salud que nunca.

Sin embargo, Castro agregó que quería meditar la propuesta de Clinton. Se despidió y me dijo que me llamaría más tarde.

Pasadas las 11 de la noche del 6 de septiembre, el presidente Castro llamó de nuevo. Literalmente me dijo:

Presidente Salinas: voy a hablarle muy despacio para que usted pueda tomar nota- como me dijo que lo hace- de mi respuesta al mensaje del presidente Clinton. y mi contestación es ésta: aceptamos lo que propone y confiamos en su palabra.

Después agregó: "Éste es todo el mensaje". Para terminar, me hizo saber que al día siguiente los representantes cubanos serían llamados a la isla para que él personalmente les diera instrucciones; regresarían a Nueva York el jueves 8 de septiembre. El Comandante consideraba que la negociación quedaría cerrada a más tardar el viernes 9. Al despedirse, me dijo: "Presidente Salinas, gracias por la forma tan precisa y honesta con la que usted llevó a cabo este intercambio de conversaciones. Espero que continúe siendo nuestro puente de enlace, y que no se rompa la comunicación con usted hasta que todo esto esté concluido".

Al colgar el auricular era ya la media noche en México; llamé inmediatamente a mi embajador en Washington para pedirle que anunciara a la Casa Blanca que yo tenía urgencia de hablar con el presidente Clinton. El embajador Jorge Montaña lo hizo y, a pesar de lo avanzado de la hora en la capital norteamericana, minutos después recibí la llamada del presidente Clinton. Le transmití textualmente el mensaje de Fidel Castro. Su expresión literal fue: "Gracias, gracias, muchas gracias. Gracias, Carlos".

El viernes 9 de septiembre, las cadenas internacionales de noticias informaron que Cuba y Estados Unidos habían alcanzado un consenso en Nueva York y que las pláticas habían concluido. Terminó el problema de los balseros y la posibilidad de una crisis mayúscula entre esos dos grandes países.

Mis notas finalizaron con la siguiente reflexión:

Hoy, 10 de septiembre en el vuelo de Río de Janeiro a México, espero que luego de ascendido el peldaño, efectivamente pueda darse el siguiente paso para restablecer las relaciones entre estos dos grandes países, sin traicionar su soberanía y sus propias decisiones y mediante el avance en el camino de la justicia, la libertad y la democracia. Esto mismo afirmé, sin traicionar la confianza de mis interlocutores, en la reciente reunión del Grupo de Río. El presidente de Argentina no entendió mi mensaje y se puso muy agresivo al exigir que condenáramos a Cuba, lo que sólo hubiera tensado el diálogo y entorpecido la feliz conclusión de las negociaciones en Nueva York.

El sábado 17 de septiembre, el ex presidente Carter y dos miembros de la administración Clinton llegaron a Haití para convencer a sus dirigentes de que abandonaran el país. Mientras dialogaban con ellos, tropas de los Estados Unidos concluían sus preparativos para volar esa noche hacia la isla. Habían preparado fríamente la invasión. En la tarde, con los aviones americanos ya en el aire, los jefes haitianos accedieron a dejar su país. Esa crisis también había concluido.

En los días siguientes, mantuve la comunicación con el presidente Bill Clinton y con el presidente Fidel

Castro. El 22 de septiembre, el presidente Castro me envió una carta:

Querido amigo:

Leí por cable internacional que usted se reunirá con Clinton el lunes, y que uno de los temas a tratar sería Cuba.

Sé que usted tiene mil y un temas de interés mexicano e incluso personal que tratar con Clinton. Pero cuánto me alegra esa posibilidad de contactar con él en este oportuno instante.

Tengo la seguridad de que usted no olvidará nunca nuestras históricas comunicaciones en aquellos días dramáticos. Hablo de históricas conversaciones porque para Cuba y su futuro lo son. Igualmente, menciono la palabra dramáticos porque así lo fueron, ya que en ese delicado y complejo enfrentamiento estaban en juego la existencia de nuestro país y tal vez la vida de no se sabe cuántos compatriotas nuestros decididos a defenderlo. No dejarla de ser tampoco muy elevado el costo para los Estados Unidos, situados ante un posible problema insoluble a corto, mediano y largo plazos.

Le ruego me crea que en esos días lo pude conocer mucho mejor a usted: su inteligencia, su precisión, su eficiencia, su seriedad. Como ya le dije, sin su participación no habría sido posible el acuerdo. No quise pedir garantías adicionales porque no deseaba realmente poner en duda la honorabilidad de Clinton, y sobre todo porque lo teníamos a usted como garante, y eso era para nosotros lo esencial. Los intercambios fueron rápidos y también las respuestas. Por nuestra parte, hemos mantenido absoluta discreción. Veo que usted, por lo que pude apreciar sin abordar el asunto, ni siquiera a su ministro de Relaciones Exteriores informó del contenido de los intercambios. Yo, por otro lado, he sostenido conversaciones con varias importantes personalidades norteamericanas que nos han visitado, y no he pronunciado una sola palabra sobre el tema. A nuestra opinión pública sólo hemos informado lo tratado en Nueva York, aunque ello no fuera tarea fácil. Era necesario extremar la discreción. Pienso que lo hemos logrado. Que la historia se encargue de consignarlo todo. Gabo, por fortuna, tal vez sea el más excepcional e informado testigo de nuestro trabajo. Cuán sabio fue de su parte introducirlo en todo esto.

Quizás ahora se abre una nueva página. De usted va a depender mucho. Es necesario que ahora Clinton haga realidad sus palabras en relación con las medidas del 20 de agosto, en el plazo prometido, y que ello no se dilate un día más y se incluyan todas y cada una de las medidas anunciadas ese día, ni una más ni una menos, tal como se expresaba claramente en el párrafo que eliminamos del comunicado de Nueva York, a solicitud de Clinton. Después es necesario un periodo "que no sea para las calendas griegas", como le dije, en el cual debemos ir realmente al fondo de la cuestión que impulsa el éxodo masivo. Esto realmente iniciarla una nueva etapa en las relaciones Estados Unidos - Cuba, tan conveniente para todos en este hemisferio. Es la esencia de lo que ahora esperamos de los intercambios sostenidos y los compromisos adquiridos.

No nos gustó, se lo digo con toda franqueza, la Declaración de Río. "Es una descarada intervención en los asuntos internos de Cuba y una traición", le dije a su Canciller Tello. Él nos explicó, y nosotros ya lo sabíamos, el arduo y constructivo trabajo que usted e Itamar realizaron. También nos entregó copia de sus nobles y valientes palabras. Nos dolió mucho, muchísimo, el momento en que esas declaraciones se produjeron. Por ese turbio y cobarde camino nada se alcanzará jamás de nosotros.

Debo añadirle, para finalizar; que estamos cumpliendo rigurosamente nuestros compromisos. Como le expresé en mi última comunicación que esperábamos hacerlo, se logró detener las salidas masivas sin uso de la fuerza, sin violencia, sin armas, sin una sola gota de sangre. Contamos con el respeto y la autoridad de la Revolución aun ante sus propios adversarios, o de aquellos que ante duros sacrificios y necesidades se ven compulsados a emigrar de esta plaza sitiada, hostigada y amenazada que es Cuba.

La normalización de las relaciones entre ambos países es la única alternativa. Un bloqueo naval no resolvería nada; una bomba atómica, para hablar en lenguaje figurado, tampoco. Hacer estallar a nuestro país, como se ha pretendido y todavía se pretende, no beneficiaría en nada los intereses de los Estados Unidos. Lo haría ingobernable por cien años y la lucha no terminarla nunca. Solo la Revolución puede hacer viable la marcha y el futuro de este país. Ojalá usted pueda convencer a nuestro ya casi común

amigo de estas verdades. en el breve tiempo de que disponga para ello durante su encuentro.

No olvidaré tampoco nunca sus diáfanas y categóricas palabras cuando le expresé mis preocupaciones de que alguien pretendiera interferir en cuestiones que atañen exclusivamente a la independencia y soberanía de Cuba: "Usted tiene la fórmula, no lo acepte".

Le deseo éxitos en todo, querido amigo, y le envío un fuerte abrazo.

Me reuní con el presidente Clinton en Nueva York donde asistimos a la Asamblea Anual de la ONU. Personalmente me ratificó sus compromisos. Me pidió que continuara contribuyendo a la comunicación con Castro. Según anoté el 26 de septiembre, Clinton me había prometido que antes de la elección de noviembre resolvería el problema de la comunicación telefónica con Cuba. Esta no era una solicitud de los cubanos pero al parecer había interés de los norteamericanos hacia la iniciativa. Sin duda representaba mucho para las numerosas familias que tenían miembros en Cuba y en los Estados Unidos. Por otra parte, me dijo que las reformas en la agricultura cubana le parecían un paso importante, era muy alentador; subrayo, observar los mercados campesinos que empezaban a desarrollarse libremente en Cuba. Era la primera vez que los norteamericanos de origen cubano en el Partido Demócrata reaccionaban de manera positiva a un cambio promovido por el gobierno de Cuba. Clinton uso una frase significativa para expresar su satisfacción: "¡Estamos negociando sin negociar!"

Ante la Reunión Cumbre programada para diciembre en Miami, a la cual estaban convocados todos los jefes de Estado de América Latina y del Caribe, con excepción de Castro, Clinton pidió que hubiera apoyo para que la reunión no se "cubanizara", es decir, que las decisiones tomadas en Cuba no convirtieran esa Cumbre en un debate sobre las relaciones con la isla o en un conflicto con la comunidad cubano-americana de Miami. "Mucha gente en Florida piensa que ha llegado el momento de revisar nuestras políticas con Cuba", dijo Clinton en tono positivo. Por otra parte, el presidente de los Estados Unidos lanzó una pregunta que inquietaba a muchos: ¿qué hacer con los cubanos que estaban en Guantánamo? Para terminar me señaló que sus tiempos políticos contemplaban tres momentos decisivos: antes de la elección, la elección y la Cumbre.

El 30 de septiembre, Castro me habló sobre la solicitud de apoyo para la reunión de Miami. Era necesario que los organizadores fueran más precisos sobre qué hacer para evitar enredos durante la Cumbre. Había problemas en la base de Guantánamo: la gente atravesaba por los campos minados. Ya habían salido 83 personas, a las que se les estaba reintegrando con sus familias. Era necesario verificar el número de los que querían salir y el de los que deseaban regresar. Castro propuso que estos dos problemas se analizaran juntos para encontrar la solución mediante el diálogo. "Es un asunto complejo, pero en este clima positivo sí es posible resolverlo", concluyó.

El 16 de octubre Castro me envió una carta. En ella me pedía que mantuviera el contacto. El 18 de octubre le respondí:

A través de la presente, quiero ratificarle que los compromisos verbales que el Presidente de los Estados Unidos estableció conmigo respecto a Cuba son claros y soy garante de su cumplimiento. Luego de llegar a un primer acuerdo sobre migración y de comprometer a Clinton en acciones antes impensables (como la afirmación en el sentido de que en las relaciones bilaterales Cuba - Estados Unidos todos los temas podrían tratarse) se confirma una perspectiva positiva.

Dos párrafos más adelante agregué:

Anexo a la presente un amplio ensayo histórico sobre la relación entre México y Cuba (casi 500 años). Lo incluyo para enfatizar que los intereses que me han movido a participar y actuar tienen que ver con el respeto que usted, su Revolución y su gran Pueblo me inspiran. Hay un interés mutuo por la independencia y la soberanía de ambas naciones; además, una honda preocupación por su seguridad y bienestar. Nuestros pueblos nos han hecho responsables de sus vidas y su honor. Estos intereses son vitales para México y para Cuba. Y la prueba de esta responsabilidad compartida es que algunos momentos decisivos en la vida de los cubanos se iniciaron en México, y varios acontecimientos trascendentes para la vida de mi patria se iniciaron en Cuba. Puede usted estar seguro de que mi



compromiso en este asunto no responde sólo a una política circunstancial: refleja la responsabilidad que cualquier autoridad de la nación mexicana tiene frente a los intereses y la soberanía de los cubanos.

El 19 de octubre el presidente Clinton me hizo saber que seguían trabajando en las comunicaciones telefónicas Estados Unidos-Cuba. Los puntos relativos a la posibilidad de viajar desde la isla hacia territorio norteamericano se revisarían después de la elección. El 4 de noviembre, Castro le envió una nota a García Márquez:

Gabo, independientemente de que el futuro pueda determinar algo más conveniente, pienso que por ser Salinas la persona que actuó como impulsor, testigo y garante de los intercambios entre Estados Unidos y Cuba en los momentos de la crisis y por ser la persona más informada sobre esto, nosotros preferimos que sea él mismo quien se siga ocupando del asunto.

El 8 de noviembre de 1994 se llevó a cabo la elección norteamericana. Los republicanos recuperaron la mayoría en el Senado; también, por primera vez en más de dos décadas ocuparon la mayoría de las gubernaturas; además, lograron el control de la Cámara de Representantes por primera vez en cuarenta años. Fue un desastre político para el presidente Clinton y el Partido Demócrata.

El lunes 21 de noviembre conversé con el presidente Fidel Castro. Yo había estado en Indonesia por 48 horas, en la reunión donde México participó por primera vez como miembro de la APEC. Se encontraba también el presidente Clinton. Se veía muy afligido luego del resultado electoral. Platiqué en privado con él. Durante la charla me pidió que averiguara la posición del Comandante respecto a los cubanos alojados en Guantánamo. Sobre este asunto, Castro me dijo ese lunes que no podía resolverse en forma unilateral. Al presidente cubano le molestaba que las noticias sobre lo que ahí pasaba le llegaran a través de la prensa. Ahora que las conocía por mi conducto pedía intercambiar ideas sobre el tema. Invocó motivos humanitarios para atender el problema.

Finalmente, el presidente Castro me dijo:

De nuestro asunto esencial no hay noticia. Han pasado los 45 días, han pasado los 60 días, han pasado dos meses y medio y no hay noticias, no hay indicios. Sería bueno, de alguna forma, recordar este asunto, aunque yo comprendo las dificultades que han tenido en estos días luego de los resultados del proceso electoral. Yo tomo en cuenta eso, por eso no hemos insistido, hemos estado esperando, confiando, desde luego, en lo que se ofreció, en lo que se prometió.

Nueve días después, el presidente Castro llegó a México como invitado a la ceremonia de renovación del Poder Ejecutivo. También asistió el vicepresidente Al Gore.

Conviene destacar que al inicio de estas charlas telefónicas, el presidente Clinton me había transmitido una preocupación: en la prensa norteamericana empezaba a publicarse que el presidente de México era el promotor de las conversaciones Clinton-Castro. Le dije que con seguridad se trataba de rumores sin sustento, y que sabríamos guardar la discreción. Más tarde, Clinton me comentó que, efectivamente, jamás se confirmaron esos dichos. Cumplimos con el compromiso de actuar con reserva. Lo que a mí me interesaba era contribuir al diálogo, evitar una crisis y construir condiciones para un futuro de mejores relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Pensaba en actuar a favor de la paz en la región. Porque siempre he considerado que es mejor el diálogo que la confrontación.

Para mayo de 1995 los gobiernos de Cuba y Estados Unidos habían suscrito un acuerdo migratorio, que además normaba la devolución de los cubanos que intentaban llegar de forma ilegal a los Estados Unidos al cruzar el mar. El servicio costero norteamericano, en virtud de lo acordado, los regresaba a la isla. De acuerdo con lo publicado por el diario cubano *Granma* en junio de 1999, casi dos mil personas habían sido reintegradas a Cuba.

Mi responsabilidad presidencial terminó el 30 de noviembre de 1994. Sin embargo, tanto el presidente Clinton como el presidente Castro me pidieron que continuara mi labor de enlace. En noviembre comenté esta petición con el presidente electo Ernesto Zedillo, y procuré cumplir con la encomienda. El descalabro electoral

del partido demócrata en las elecciones de finales de 1994 complicó el entorno político de Clinton. Esto difirió el cumplimiento de los compromisos asumidos. Para el primer trimestre de 1995, las condiciones de acoso en México que el nuevo gobierno generó hicieron prácticamente imposible que yo continuara llevando a cabo esa delicada función. En julio de 1995 tuve la última comunicación sobre este tema con la Casa Blanca y con el presidente Castro.

Conviene recordar que a mediados de los ochenta los cubanos hicieron un primer acuerdo con la administración de Ronald Reagan. Los norteamericanos se comprometieron a otorgar "hasta" 20,000 visas por año. Diez años se perdieron prácticamente, pues con unas cuantas visas que daban, pudieron argüir que habían cumplido. En todos esos años no llegaron en total a 10,000 visas, lo que implicó que alrededor de 180,000 ciudadanos residentes en Cuba no tuvieran acceso a las visas acordadas. Los nuevos acuerdos de 1994 y 1995 establecieron que "no menos" de 20,000 visas por año serían emitidas. Para finales de la década se señaló que "esas cuotas se han ido cumpliendo".<sup>1</sup> La falta de suficientes visas dio lugar a un auténtico contrabando de seres humanos; se documentó que se cobraba alrededor de 5,000 dólares para trasladarlos clandestinamente de Cuba a Miami por medio de lanchas rápidas que evadían la guardia costera norteamericana. No se tenían noticias de que un solo contrabandista que promovía este tráfico de emigrantes hubiera sido apresado en Estados Unidos. No había más visas para cubanos que las acordadas; pero a todo el que llegaba ilegalmente por el mar le concedían residencia y autorización para buscar empleo. Era una contradicción absurda que produjo familias dislocadas, tragedias en el mar y notables disputas políticas.

Un hecho lamentable ocurrido en 1996 terminó con la posibilidad de "hablar sobre cualquier tema" entre Cuba y Estados Unidos: varias personas perdieron trágicamente la vida cuando unas avionetas que se desplazaban desde Florida fueron derribadas por elementos de la fuerza aérea cubana. Meses antes, la presencia de aeronaves norteamericanas que sobrevolaban La Habana y otras partes del espacio aéreo de Cuba, habían generado reclamos y advertencias por parte del gobierno de Castro. En el caso de las avionetas derribadas, los cubanos habían disparado con el argumento de que se estaba violando su espacio aéreo. El presidente Castro asumió la responsabilidad de la orden. Sin embargo, fueron tan sólo unos segundos lo que medió entre los disparos y la comunicación de las naves de la fuerza aérea cubana con su mando: resultaba imposible que Castro hubiera ordenado abrir fuego. Como represalia frente a estos hechos, el Congreso norteamericano convirtió en ley la iniciativa Helms-Burton, la cual obtuvo un gran rechazo internacional. Era una ley que lastimaba al pueblo cubano y era contraria a la libertad de comercio.

Aquí conviene aclarar que, antes de este lamentable episodio, se habían suscitado contactos a través de importantes personalidades entre el gobierno de Cuba y el de los Estados Unidos, relacionados con la búsqueda de una mejoría de las relaciones entre ambos países, en uno de los cuales Cuba planteó como algo importante su preocupación por los riesgos y problemas que podían provocar los vuelos sobre territorio cubano de avionetas provenientes de Florida. Dependencias del gobierno norteamericano se comprometieron a impedir que estos vuelos se repitieran. Establecido ese compromiso, la orden de fuego de la fuerza aérea cubana se produjo de forma automática al acercarse los aviones a tierra, en virtud de instrucciones que ésta tenía desde varias semanas antes y nadie se había ocupado de revocarlas formalmente, pues los dirigentes cubanos suponían que no se repetirían los sobrevuelos en el espacio aéreo de Cuba. Varias vidas se perdieron por no cumplir lo comprometido.

Estos hechos se pudieron conocer por indagaciones publicadas en un extenso y pormenorizado artículo de la revista norteamericana *The New Yorker*, del 26 de enero de 1998. El ensayo fue escrito por Carl Nagin bajo el título "El tiro por la culata" <sup>2</sup>. En dicho artículo se confirmó que el gobierno cubano había expresado su preocupación sobre esos vuelos a personajes que los visitaron con la anuencia de Clinton.<sup>3</sup> También lo hicieron a través de comunicados al Departamento de Estado y a la oficina de intereses de Estados Unidos en La Habana. "Las protestas fueron ignoradas", escribió Nagin.<sup>4</sup> La oficina del Secretario de Transporte de Estados Unidos, Federico Peña, le confirmó al reportero que Peña le había instruido a la Agencia Federal de Aviación (FAA por sus siglas en inglés) que se asegurara que los pilotos de los sobrevuelos no debían continuar violando las disposiciones.<sup>5</sup> Las autoridades norteamericanas sabían, desde una semana antes de la desgracia, que se tenían previstos vuelos sobre la isla.<sup>6</sup> En una entrevista con la cadena norteamericana CBS, Fidel Castro afirmó que uno de sus enviados había recibido promesas de los "más altos niveles" del gobierno de los Estados Unidos que no habría más incursiones en el espacio aéreo de Cuba.<sup>7</sup> Por eso, los cubanos afirmaron que ellos "tenían el compromiso claro de un Jefe de Estado a otro que los vuelos serían detenidos".<sup>8</sup> Lo que pudo hacerse antes, se

dejó para después: Nagin concluyó que a partir de ese evento dramático, el Estrecho de Florida fue declarado zona de emergencia y "autoridades norteamericanas ahora regularmente alertan a oficiales cubanos de incursiones por mar y vuelos inminentes o sospechosos de grupos de exiliados".<sup>9</sup>

Este hecho terminó con la posibilidad de concluir el diferendo entre estas dos naciones y recrudesció el aislamiento comercial de Cuba.

En medio de las experiencias convulsivas de la última década del siglo XX, este episodio protagonizado por los presidentes de Cuba y los Estados Unidos, situaba una vez más a cubanos y mexicanos, junto con otros pueblos de la región, ante un dilema difícil de resolver: ¿Cómo entenderse con un adversario histórico que, además, pasó a concentrar el poder mundial?

A fin de cuentas, el asedio económico contra 'Cuba, de hecho una barrera política al libre mercado, constituía la obstrucción de una vía hacia la modernidad de ambos países: el bloqueo ha perdido el bien-estar material por el que luchó durante medio siglo; el bloqueador se ha autoimpuesto una regresión ideológica y una contradicción política, también de cinco décadas, en el discurso y en las actitudes.

Cuba ha hecho un extraordinario esfuerzo para educar a: su pueblo, lograr los más altos niveles de salud y nutrición en el continente {sobre todo entre los niños) y avanzar en la equidad. Estoy convencido de que el bloqueo de Estados Unidos a Cuba debe levantarse. Cuando eso suceda – y debe levantarse ya -, si su pueblo decide en forma soberana cambios que considere pertinentes, Cuba será una de las naciones más avanzadas de América Latina y el Caribe. La patria cubana se lo merece después de tanto sacrificio y hostigamiento. Los Estados Unidos, por su parte, también se merecen ya la oportunidad de estrechar lazos con el noble pueblo cubano.

1. *Granma*, marzo 9 de 2000.

2. Carl Nagin. "Backfire". *The New Yorker*. Enero 26 de 1998.

3. *Ibíd.* pp. 31. 33.

4. *Ibíd.* p. 32.

5. *Ibíd.* p. 33

6. *Ibíd.*

7. *Ibíd.* p. 35.

8. *Ibíd.*

9. *Ibíd.*